

Adolfo J. Domínguez Monedero (ed.), *Politics, Territory and Identity in Ancient Epirus* (=Diabaseis 8), Venecia, Edizioni ETS, 2018, 338 pp. [ISBN: 978-884675415-8].

Léon Heuzey, conservador del Louvre y comisionado de Napoleón III, realizó entre los años 1855 y 1861 una serie de misiones en el norte de Grecia. En sus relatos admitía que los restos y monumentos de esta zona no podían ser comparados con los del Ática o del Peloponeso, ni en número ni calidad, pero también afirmaba que podrían proporcionar nuevos detalles válidos para la historia de Grecia. Esta perspectiva deriva, al menos en parte, de la visión de los clásicos, quienes consideraban a los habitantes de las regiones septentrionales diferentes del conjunto de la Hélade, probablemente por las peculiaridades que mostraba su compleja organización política y administrativa. Es evidente que este planteamiento también influyó en las directrices de las investigaciones sobre esta fascinante cultura que es la Antigua Grecia. Tanto desde el punto de vista arqueológico como documental, epigráfico o iconográfico, los estudios científicos se centraron especialmente en las dos *poleis* por excelencia, Atenas y Esparta, seguidas de otros lugares que también se erigieron como emblemáticos por el interés que habían despertado en la propia Antigüedad: Knossos, Micenas, Troya, Delfos, Delos, Corinto...

Sin duda, este desequilibrio todavía perdura en la actualidad, aunque en los últimos años, de forma paulatina, se ha incrementado el interés en zonas consideradas “marginales”, como es el caso del antiguo Epiro, y así se materializa en las excavaciones arqueológicas, en los estudios epigráficos, lingüísticos y textuales que constituyen la base de nuevas perspectivas y, en definitiva, de una aproximación más certera a las formas de asentamiento y a sociedades diferentes de los supuestos cánones, con un urbanismo menos rotundo o más tardío. Es evidente que sin el conocimiento de estos territorios, con una idiosincrasia específica en la que las comunidades se agrupaban en *ethne*, *koina* o *symmachiai*, nuestra visión de la Hélade es sesgada y por lo tanto distorsionada. Con este magnífico objetivo se presenta la obra titulada *Politics, Territory and Identity in Ancient Epirus*, editada por Adolfo Domínguez Monedero en la colección Diabaseis, de imprescindible lectura para aquellas personas que deseen completar un vacío de conocimiento, me atrevo a decir que bastante habitual, incluso entre especialistas de la Historia Antigua de Grecia.

A grandes rasgos, se trata de un volumen sobre el antiguo Epiro elaborado por investigadores e investigadoras procedentes de distintos países europeos y que constituye el resultado maduro de años consecutivos de trabajo coherente que, en parte, se ha ejecutado gracias a la obtención de financiación en Proyectos de Investigación competitivos, cuyos excelentes resultados se materializan en acciones como la que tengo el placer de presentar. Un aspecto a destacar es que, aunque intervienen diez especialistas, el volumen está planificado para ser concebido como

una unidad, así los nueve capítulos encuentran su coherencia en el conjunto, ya que abarcan aspectos y perspectivas complementarias que permiten realizar una aproximación fundamentada al contexto sociocultural, político-administrativo y religioso, que resulta tan complejo como atractivo.

Para ilustrar esta afirmación voy a comentar, capítulo a capítulo, los aspectos más significativos de la presente obra. Se abre ésta con el trabajo de Adolfo Domínguez quien, con la precisión que le caracteriza, analiza fundamentalmente a través de las fuentes literarias y arqueológicas, las transformaciones acaecidas en Molosia a partir de mediados del siglo IV e inicios del III a.C., durante la dinastía de los Eácidas, especialmente a partir del reinado de Tharyps. En este gobernante destaca el cambio de orientación política, justificado, al menos en parte, por el alejamiento de Esparta y el acercamiento a Atenas, como prueba la concesión de la ciudadanía ateniense al monarca, extensible a sus hijos y nietos. En otra línea temática, el autor cuestiona la información transmitida por Plutarco sobre el establecimiento de *poleis*, ya que la documentación epigráfica y los resultados de excavaciones recientes descubren asentamientos protourbanos, carentes de murallas.

José Pascual, en el segundo capítulo, realiza una certera revisión de las tres épocas del devenir histórico del antiguo Epiro, desde el siglo V hasta el año 167 a.C., momento en que se impone el dominio romano. Para llevar a cabo su objetivo utiliza de forma sincrónica diferentes tipos de fuentes, desde las epigráficas –como las listas de *theorodokoi* de Epidauro, Argos y Delfos– a las literarias, pasando por los resultados de las excavaciones. Analizando minuciosa y transversalmente estos datos, aporta ciertas variaciones sobre los esquemas tradicionales en relación a las estructuras político-territoriales, la sucesión de las diferentes alianzas y hegemonías, y la evolución hacia la unificación de Epiro.

El tercer capítulo, elaborado por Soledad Milán, aborda el tema de las relaciones de dependencia entre las *poleis* del Epiro, a través del análisis riguroso del emblemático caso de la polis de Cassope, que da nombre a la región, al territorio y a los habitantes, y las *poleis* que integraban Cassopea (Cassope, Pandosia, Bucheta, Elateia y Batiae). El objetivo es conocer la causa de esa denominación y si está vinculada a relaciones de poder. Comienza por una necesaria identificación del territorio, uniendo fuentes tradicionales y nuevas tecnologías como el SIG. Analiza y presenta las hipótesis sobre el significado de Cassopeos con la finalidad de determinar las posibles relaciones políticas entre las *poleis*. Aunque la autora admite la dificultad de alcanzar conclusiones categóricas, se inclina por la hipótesis de que esas *poleis* se agrupaban en un *ethnos*, bajo la tutela de Cassope, polis fundada en la primera mitad del siglo IV a.C.

Maria Intriери es la autora del capítulo cuarto, que reflexiona sobre las relaciones entre el santuario oracular de Zeus en Dodona y la cercana Corcira. El nexo principal es una ofrenda (*anathema*) de la polis al santuario, que solo se conoce a través de descripciones de fuentes antiguas. Se trata de una escultura que representa a un joven que porta un látigo ante un caldero y que produce un sonido singular con el viento. Tras un exhaustivo análisis de los textos, se plantean las posibles conexiones, por ejemplo con dos proverbios famosos cuya información nos remite al teatro ateniense. Las hipótesis interpretativas abarcan diferentes campos: el educativo/iniciático, el mantenimiento del orden o la revelación del lugar como un santuario oracular. Es muy probable que la relación del santuario con Corcira fuera fundamentalmente como referente educativo de los jóvenes, y el anatema podría

simbolizar la resistencia de la isla contra el dominio de Macedonia, a través de un efebo que representa a la elite.

En el quinto capítulo, Jessica Piccinini aborda de forma diáfana la supuesta rivalidad y/o competencia entre santuarios oraculares en la antigua Grecia, principalmente entre Delfos y Dodona. En esta ocasión, el centro del análisis son las fuentes literarias, especialmente las que describen consultas de una misma persona a varios oráculos. De ellas se deduce que recurrir a diferentes santuarios era una práctica habitual, entendida como una reiteración de las peticiones de ayuda; la consulta a dos o más divinidades, preguntando sin temor si la segunda mantenía la misma opinión de la primera, perseguía el objetivo de conseguir una doble bendición. Otro argumento que apoya esta cuestión son las leyendas que relacionan la fundación con la filiación de los diferentes santuarios. La conclusión es que, a pesar de que no era habitual en la cultura griega, no existe competencia entre los santuarios oraculares, aunque ello no implica colaboración, como defendieron algunas investigaciones. Se trataba de “dejar hacer” y no interferir en las acciones de otro santuario.

Sandro de Maria y Lorenzo Mancini son los autores del sexto capítulo, que analiza, en época helenística y romana, los asentamientos urbanos en la región septentrional del Epiro, en concreto la Caonia, y su relación con los lugares de culto, escasos en relación a la extensión del territorio. El primer paso es la elaboración de un perfil histórico-territorial a través de una síntesis arqueológica de los aspectos principales de la Caonia: desde la geografía e historia a la cultura. El objetivo de este interesante y meticuloso trabajo se dirige al análisis de los aspectos de religión y culto, cuyos datos se concentran en los centros urbanos. El eje principal son los paisajes sacros y arquitectónicos, que se abordan desde una perspectiva múltiple: identidad étnica, rutas marítimas desde el mito (lugar de estancia y de paso de héroes) y la constatación arqueológica, la controvertida transición de Butrinto de la órbita de Corcira a la del *ethnos* de los caones, materializada en la génesis del Asklepiion. En relación con Fénice se plantea una relectura del *Thesaurus* helenístico, al detectar actividad ritual en el ágora. También se estudia el santuario helenístico de Dobra, situado en el eje de comunicaciones del valle de Pavia, donde se documenta un culto a Deméter y Ártemis. Este análisis permite concluir que la idea evolucionista del paso del *ethnos* a la polis no resulta adecuada y que la tradición urbana en esta zona fue más tardía de lo establecido. El cuadro sociopolítico que presentan los caones está marcado por la tribu y el *ethnos* con su expresión asociativa en *koina*. Es en el siglo III a.C. cuando se organizan en torno a dos centros urbanos: Fénice y Antigonea, con sus respectivos sistemas estratégicos enfocados a la defensa y a la explotación del territorio. Aunque a través de la arqueología resulta complicado definir las consecuencias en el ámbito religioso, la epigrafía reconoce la especificidad étnica de los caones en el culto.

Elia Rinaldi es el autor del capítulo séptimo, que analiza las construcciones de las épocas clásica tardía y helenística en el Epiro, vinculadas a la compleja gestión política-administrativa. El análisis de las fuentes disponibles le permite detectar nuevos elementos, que facilitan la definición del perfil institucional y su papel como centro urbano en el estado federal epirota constituido por un bloque étnico-tribal. Tras un repaso histórico desde la génesis del Epiro tardío –pequeñas aldeas con *ethne* autónomos– al control político de Roma, el capítulo se centra en el ágora, en su vertiente de espacio administrativo central que se convierte en sede de las instituciones. De forma diáfana se marca su evolución a través de la arquitectura, desde la simple función económica a otra más simbólica y social,

ilustrando la complejidad institucional de las ciudades (Antigonea, Gitana, Fénice, Elea y Cassope) en los siglos II y I a.C. En general, de forma directa o indirecta, la comunidad ciudadana (*ethne/koina*) se convierte en la sede de la actividad política, judicial o edilicia, aunque advierte que las *poleis* no siguen procesos idénticos, sino que dependen de su respectivo perfil –que emana de la dimensión étnica propia–, y que evidencian un cuadro político y administrativo complejo.

El siguiente capítulo, el octavo, elaborado por Panagiotis Filos, completa el amplio abanico de este estudio al enfocarse desde una adecuada perspectiva lingüística; en concreto, se centra en el nombre de las etnias que hasta época helenística no se asociaron a la noción de ciudadanía. El estudio analiza y compara las características de dos tipos diferentes de etnias epirotas, agrupadas del siguiente modo: por una parte, las once más significativas y, por otra, las tribus de *Bouthrotos*, menores o de carácter mixto, con el objetivo de determinar patrones comunes y diferentes, tanto a nivel morfológico como semántico. También en la onomástica se evidencia la complejidad del antiguo Epiro en el que conviven tribus, *koina* y comunidades locales unidas entre sí con diferentes afiliaciones.

Cierra este interesante trabajo un noveno capítulo con una atractiva temática no fácil de sintetizar: los relatos de los viajeros que se acercaron a la región del Epiro en el siglo XVIII y, fundamentalmente, en el XIX. Gloria Mora supera esta dificultad y realiza una excelente selección de personas que, por motivos diferentes –afición por la cultura, diplomacia, estrategia militar–, llegaron a estas tierras y plasmaron por escrito sus descubrimientos e impresiones sobre la topografía y los restos arqueológicos. Frente a las tendencias que suelen incidir en los errores de identificación, la autora destaca el mérito de estos exploradores que no siguieron los destinos más habituales de la época, así como la utilidad de sus escritos para las investigaciones actuales.

A este último capítulo pertenecen los datos con los que se inicia esta reseña, que finalizo con la firme recomendación de la lectura de esta obra, y la enhorabuena por el resultado al editor y a las autoras y autores, destacando su mérito y la superación de una serie de dificultades que comienzan en la propia selección de un objeto de estudio de gran complejidad, como es el Epiro en la Antigüedad.

Susana Reboreda Morillo
Universidad de Vigo
rmorillo@uvigo.es